

la nueva España, como espejo espiritual del alma femenina debería estar Santa Teresa siempre, y hoy más que nunca, sobre la mesita de vuestro santuario íntimo.

¡Ya se oye la réplica! «Yo no la entiendo»... Otra: «Es demasiado subida para mí»... «no me cabe en la cabeza». ¡Claro!, han cogido ingenuamente su *Vida*, creyendo que aquello iba a ser todo seguido, como un cuento, y en pasando los cuadros deliciosos de la infancia y de la adolescencia: la huída a tierra de moros, las ermitas, la muerte de su madre, el cuidado del cabello y de las manos, los primitos, la casi inevitable atracción de un primer amor, la lucha, en fin, por la vocación triunfante, se han topado inesperadamente, al salir de las murallas de Ávila, junto a doña Teresa de Ahumada, camino de la Encarnación, con una montaña abrupta de ascensiones espirituales. Un admirador de Santa Teresa—hoy en el número de nuestros héroes y mártires—decía con gracia: «He intentado leer varias veces las «Moradas». Paso la primera, la segunda, me falta entendimiento, vuelvo atrás, cojo carrerilla... y de la tercera no paso.»

¡Mala táctica empezar por la fortaleza más dura! Ahí tenéis *Camino de perfección*, un libro tan encantador y tan profundo, lleno de estudios psicológicos, esmaltado de finas sátiras sobre los «reveses de las mujeres» que a veces hacen bajar los ojos como una alusión personal... ¡Qué sentido tan hondo, tan español de lo que hoy llamamos jerarquía, disciplina, servicio social, abnegación, sufrimiento en el puesto! Pero si no conocéis personalmente a la Santa y queréis tratarla, tomad sus *Cartas*, leedlas una y otra vez. Toda su obra está allí, compendiada; toda ella se refleja en el abandono y en la sencillez de la correspondencia: sublime y práctica, reflexiva y aguda, austera y compasiva, prudente y sencilla a la vez; tan contemplativa y absorta en lo divino que ansía «verse encerrada» y tan pendiente de los negocios de la Reforma que es capaz de exclamar con viveza: «me estoy deshaciendo por no tener libertad para poder yo hacer lo que digo que hagan».

¡Habría tanto que decir de ella, en este ambiente de sus *Cartas*! Más vale ceñirse, en un artículo, a tres motivos que hacen, en esta hora trascendental de España, tan oportuna, por no decir necesaria, su lectura meditada. Leerlas es recibir una inyección de fe en el poder del grano de mostaza; es ponerse a la escuela de la gran maestra de virtudes; es adquirir a su vera el sentido heroico y militante de la vida.

Sí, a varios siglos de distancia es evidente el prodigio: el grano de mostaza se hizo un árbol, cuyas ramas cubren la tierra; pero la Santa, en su tiempo, es ya ese puñado de levadura que hace fermentar toda la masa. «Desde lo alto de la oración—escribe a un Obispo—se ve todo el Obispado», y desde las cimas de la suya abarca la doncella de Ávila, como desde un puesto de mando, la península y el mundo... Por las herejías del reino de Francia se decidió a alzar bandera, le duelen las de Alemania, «no me cuestan poco trabajo esos Indios», escribe a Lorenzo de Cepeda, que vuelve de allí. ¡Ah, qué corazón tan imperial el de Teresa! Como la Reina en el ajedrez, ha dado jaque al Rey del cielo y no es extraño que el de las Españas «que a todos oye»; oiga a la Santa declararle el gran amor que tiene a Su Majestad, y sea Felipe II, padre de la reforma y su «único amparo en la tierra». Los Prelados, los Arzobispos, se hacen discípulos de la que se les humilla, la Reformadora recibe ayuda de otras Órdenes, pero cuando la Compañía, por ejemplo, todavía juvenil, necesita una palabra que abra brecha, allí va su carta, como lanza, a exigir el favor de un Condestable: Quiere conservar su libertad, para decir a los grandes señores las verdades, y sabe consolar a la Duquesa de Alba por esa prisión de la que salió el Gran Duque a mandar el ejército de Portugal «porque se dijese que tenía Su Majestad vasallos, que arrastrando cadenas le adquirirían reinos». Es «leona de Castilla» en la defensa de sus frailes, que luchan contra la eterna masonería del demonio, y se hace medianera por ellos cuando escribe al General del Carmen, suplicándole un perdón, aun a costa de sacrificar un poco «al pobre Mariano que algunas veces no se entiende». Enseña a las jóvenes, adoctrina a las casadas, consuela a las viudas, dirige a caballeros—como su hermano—, ningún rincón de España ignora a «la monja andariega», que alternando entre palatinos y arrieros, y entre broma y veras, va sembrando en el mapa sus palomares, que son castillos fuertes, torres de vigía donde España seguía en pie, vigilante y atenta, sosteniéndose cuando los demás vacilábamos...

¡Maestra de virtudes, la hemos llamada! Las enseñaba en-

tonces—cuando Castilla, sin saberlo, se iba haciendo teresiana—; las enseña ahora, en el momento crítico, que exige temple... Ella es «jefa» por excelencia. Pide ante todo buena voluntad: «Yo le digo que es gran cosa Obras y buena conciencia.» En su falange escogida, desea «buenos talentos»; no apaga la caña que aún humea: «No las aprietan más de lo que prometieron... sé lo que es una monja descontenta»; es «amiga de hacer de la necesidad virtud». Se ríe de las «lloraduelos», gusta de «virtudes grandes», no quiere «perfecciones bobas», ni «buenas intenciones que tan caro nos cuestan». A las que son capaces de dar de sí, las urge, las reprende, las criba. Ella misma lo asegura: «con quien bien quiero soy intolerable, que querría no errase en nada» y a éstas las escribe «cartas terribles».

Es que Santa Teresa—y aquí entra el tercer motivo alegado—tiene un sentido militante y heroico de la vida. «¡Antes morir que quedar vencidas!»; bajo este lema forma mujeres fuertes. Alaba a María de San José, no de humilde, ni de obediente, sino de «animosa» y es que se ve en ella reflejada, aunque asegure que fué en tiempos «temerosísima de su natural, que aún de día no osaba estar sola algunas veces». Lo duda quien la ha visto crecerse en las batallas: «Era como un caballero del Apocalipsis *vincens ut vinceret*... vencedor para vencer», escribe su primer y apasionado comentarista, el Venerable Obispo don Juan de Palafox: «nació para Capitán General Santa Teresa»—agrega—«y fue en el ejército de Dios, conquistándole reinos eternos que son almas»... ¡Ah, no!, no fundaba sus castillos fuertes para la inacción y en esto se emparentan profundamente (genio y santidad de España) Teresa de Jesús y San Ignacio de Loyola; por algo, en carta algo enojada al Provincial de los Jesuítas, señaló ella la hermandad entre la Compañía del Hijo y la Orden de su Madre. Para ambos Maestros de la estrategia espiritual hay un Rey «de quien somos todos vasallos», su bandera nos convida a seguirle. ¡Por algo era la monja hermana de cuatro conquistadores y dos de ellos (Rodrigo, el predilecto, a quien tenía por «mártir de la fe») murieron combatiendo en el Perú! No teme términos bélicos; para ella los Predicadores y Teólogos son capitanes del Reino de Dios y si no cumplen como deben, «ni merecen nombre de capitanes». Con las armas de la oración y de la penitencia deben ayudarles sus hijas, sirviendo de balde, «que es de soldados civiles querer luego el jornal»; no un año, ni dos, ni aún diez, «porque no parezca que lo dejamos de cobardes»... «que el Señor vea que no queda por nosotras, como los soldados que aunque mucho hayan servido, siempre han de estar a punto para que el capitán los mande en cualquier oficio que quiera ponerlos». «Miren lo que hacen, porque si el Alférez deja la bandera, perderse ha la batalla» y Alféreces (abanderados) son los contemplativos, que han de recibir los golpes y no dar ninguno, que han de llevar levantada la bandera de la Cruz, «no la dejar de las manos por peligros en que se vean, sino que muestren flaqueza en padecer, para eso les dan tan honroso oficio...».

Esta es la carta de marear y el *Camino de perfección*; este es el lenguaje, tan sobrio y enérgico, que hablaba, en labios de Santa Teresa, la España del siglo xv. «¡Cuan Señora era la Santa de la lengua castellana!», exclama su ya citado comentarista, maestro también del buen decir. Suya es la cita que, aunque larga, merecen recoger las lectoras de «Y»: «Con esta ocasión, no puedo dejar de advertir que habiendo leído yo algunas cartas de la santa Reina, Doña Isabel la Católica, gloriosa Princesa, y de las mayores que han visto los siglos; he reparado, que se parecen muchísimo los estilos de esta gran Reina y de la Santa; no sólo en la elocuencia y viveza en el decir, sino en el modo de concebir los discursos, en explicarlos, y en las reflejas, en los reparos, en dejar una cosa, tomar otra, y volver a la primera sin desaliño, sino con grandísima gracia... Yo confieso, que cuando las leí, habrá como seis años, hice concepto de que eran tan parecidos estos dos naturales, entendimientos y espíritus de la Señora Reina Católica y de Santa Teresa; que me pareció que si la Santa hubiera sido Reina, fuera otra Católica Doña Isabel; y si esta esclarecida Princesa fuera Religiosa (que bien lo fué en las virtudes) fuera otra Santa Teresa!»

Sentáos, pues, en la escuela de la que lleva el birrete por corona y la pluma por cetro y veréis mejor el nimbo que pusieron los pueblos, *vox Dei* al dulce rostro de Isabel. ¡Tomad las Cartas de la Santa, geografía del espíritu, billetes de mando, partes de guerra... Son actuales, son para hoy. Recordad la frase del Caudillo en su Mensaje: *La tónica de nuestro Movimiento es militar y monástica*.